

iglesias griegas y vetas verdosas de cipreses. Por aquí y por allá se divisaba entre los huecos de los murallones, tal cual fuga de un trozo de ciudad, grupos de deliciosas alquerías abandonadas, pequeños valles desiertos, huertas, jardines, y allá á lo lejos, defumados en la blanca claridad del Mediodía, los fantásticos contornos de Stambul. Pasé ante la puerta tapiada hoy de Tetarté, indicada por dos torres muy próxima la una de la otra. Y á partir desde este punto, noté que los muros se hallan mejor conservados. Véanse largos trozos de los lienzos murales de Teodosio II casi intactos; bellos torreones del prefecto Pretorio Antemio y del Emperador Ciro Constantino, que aún ostentan gloriosamente sobre sus frentes invulnerables su corona de quince siglos, desafiando un nuevo asalto. En algunos parajes, sobre las plataformas y terrazas que las avanzadas del muro presentan, han establecido los campesinos cabañas que contrastan por su fragilidad insignificante, con la pesada majestad de las fortalezas, y parecen nidos de pájaros fijados en los senos abruptos de una montaña.

Y á la derecha siempre cementerios, bosques de ese árbol tan simpático á los turcos, el ciprés, en pendientes más ó menos rápidas y constituyendo verdaderas aldeas de tumbas, agrupadas las piedras sepulcrales como las casas en un villorio sin simetría construido. Aquí un convento de

dervises medio escondido por inmensa corona de plátanos. Allá un café solitario. Más allá una fuente á que dá sombra un melancólico sáuce; y hasta donde la perspectiva se divide, bosquecillos y pequeños senderos blancos que se pierden en lontananza en una campiña dilatada y árida, bajo un cielo abrumador por donde pesadamente vuelan los buitres.

*
**

Después de otro cuarto de hora de viaje, llegué á la puerta apellidada de Yeni-Mewlehane, ante el famoso convento de dervises: una puerta baja en la cual se han incrustado cuatro columnas de mármol y en cuyos costados se alzan los cubos de dos torreones adornados de una inscripción de Ciro Constantino, el año 447, y otra inscripción de Justino II y de Sofía, la cual por cierto se halla equivocada la ortografía de los nombres imperiales: curiosa muestra de la ignorancia bárbara del siglo V. Miré á los muros alrededor del convento, á los cementerios, sin divisar ni una sola persona. Descansé algunos momentos recostado sobre el lomo del pequeño puente que ca-

balga sobre el foso, y despues de reflexionar un momento sobre confusos recuerdos de historia antigua, emprendí otra vez mi tarea.

*
* *

Daría de buena gana en recuerdo de una de las más bellas vistas de Constantinopla por poder infundir en el lector la sombra siquiera del sentimiento profundo y singularísimo que experimentaba yendo solo entre aquellas dos cadenas interminables de ruinas y de tumbas, bajo aquel sol, en aquella severa soledad y con aquella paz inexplicable.

Muchas veces en los tristes dias de mi vida, deseé dando rienda suelta á mi fantasía, encontrarme en misteriosa caravana de gente muda, que caminase eternamente por ignotos países á ignorada meta. Y bien, aquella vía respondía exactísimamente á mi deseo. Hubiera querido no agotarla jamás. Pero no me inspiraba tristeza, antes por el contrario, serenidad y valor. Los vigorosos colores de la vejetacion, las ciclópeas estructuras de los muros, las grandes líneas del terreno semejante á ondas de agitado Océano, las

solemnes memorias de Emperadores, ejércitos y titánicas revueltas, pueblos desbaratados, generaciones difuntas... al lado de aquella ciudad enorme, en medio de aquel silencio mortal, interrumpido tan solo por la potente sacudida de las alas del águila, que remontaba su vuelo desde las cumbres de los castillos, echaban sobre mí mente una ebullicion fantasmagórica de mal definidas aspiraciones que me aceleraba el sentimiento del alma, al propio tiempo que la circulacion de la sangre en mis venas. Habría querido tener una estatura dos palmos más alta, vestir la colosal armadura del Gran Elector de Sajonia, que ví maravillado en la Armería de Madrid, y que mis pasos resonasen en aquel silencio, como el paso rítmico de un regimiento de alabarderos de la Edad Media. Quisiera tener la fuerza de un titan para levantar entre los brazos las ruinas de aquellos soberbios muros...

Caminaba con la frente alta, arrugado el entrecejo, apretando el puño derecho, apostrofando en versos libres á Constantino y á Mahomet, arrebatao en una especie de embriaguez guerrera, henchida el alma con las reminiscencias del pasado. Y me sentía tan jóven de espíritu y cuerpo, tan feliz por estar solo, tan celoso de aquella soledad llena de vida, que no habría querido encontrar ni aun al más íntimo y querido de mis amigos.

*
*
*

Pasé por la puerta militar de Trite, hoy también impracticable.

Las cortinas murales y los contrafuertes deruidos, indican que debieron colocarse ante aquel costado, gruesos cañones de Orban. Es más, se cree que fuese una de las tres grandes brechas señaladas por Mahomet á su ejército la víspera del asalto, cuando dijo:—Podreis entrar en Constantinopla á caballo por las tres brechas que he abierto.

Desde allí seguí adelante hasta una puerta franca, á cuyos lados se hallan dos torres octogonas, y reconocí en ella la puerta de Selivrí, de donde arrancaba la gran vía que conducía á la ciudad de Selymbria que le dió nombre, cambiando despues por los turcos en Selivrí: la reconocí por el pequeño puente de tres arcos que hay delante de ella. Durante el asedio de Mahomet, la defendió el genovés Mauricio Cattaneo. La calle conserva todavía algunas piedras del empedrado mandado poner por Justiniano.

Delante existe un vasto cementerio, pasado

el cual, se encuentra el notable monasterio de Baluklú.

*
*
*

Apenas entré en el cementerio, tropecé con el lugar solitario donde se encuentran enterradas las cabezas del célebre Alí de Tepeleni, Bajá de Jannina, y de sus hijos. Velí, gobernador de Tirhala, Muctar, comandante de Arlonia, Saalih, comandante de Lepanto, y de su sobrino Mehemet, hijo de Velí, comandante de Delvina.

Son cinco columnitas de piedra terminadas en forma de turbante, y con la fecha de 1827 y una sencillísima inscripcion escrita por aquel pobre dervís Soliman, amigo de la infancia de Alí, que compró las cabezas luego de haber sido clavadas en las almenas del Serrallo, é hizo el sepelio de las mismas por su propia mano. En la inscripcion del cipo ó cartela de Alí, cuya columna está colocada en el centro, se lee:

«Aquí yace la cabeza del afamado Alí-Bajá de Tepeleni, gobernador del Sanjacato (1) de

(1) Sanjacato, territorio turco sometido á un gobernador, ó *Sanjaco*.

Jannina, el cual trabajó durante más de cincuenta años por la independencia de la Albania. »

Lo cual prueba que hasta en los sepulcros musulmanes se escriben piadosas mentiras.

Detúveme un momento á contemplar aquel puñado de tierra que cubría tan formidable cabeza, viniendo á mi memoria la pregunta de Hamlet al cráneo de Yorik. ¿En dónde están tus Palicaros, leon de Epiro? ¿En dónde están tus bravos arnautas y tus palacios erizados de cañones y tu bello kiosco que se reflejaba en el lago de Jannina, y tus tesoros sepultados en las rocas, y los bellos ojos de tu bella Vasilikí? Y pensaba en la bellísima mujer errante por las calles de Constantinopla, pobre y desolada por los recuerdos de su felicidad y su grandeza, cuando percibí un ligero rumor, y al volverme ví á un hombre alto y seco cubierto de gran túnica oscura, la cabeza destocada, y que me miraba con aire interrogativo. A un signo que me hizo, comprendí que debía ser un monje griego de Baluklú, y que sin duda quería enseñarme la fuente milagrosa, y nos dirigimos hácia el monasterio.

Condújome á través de un patio silencioso, abrió una puertecilla, encendió una vela, me hizo bajar con él por una escalerilla bajo una bóveda húmeda y oscura, y deteniéndose en una especie de cisterna, sobre la cual tapando con una mano la llama de la luz, me indicó que mirase los peces

encarnados que nadaban en el agua. Mientras miraba, me largó un discurso incomprensible, que debía ser la fábula célebre del milagro de los peces, y que en pocas palabras se reduce á lo siguiente:

Hallábase cierto fraile de este convento griego friendo pescados, en el momento en que los musulmanes verificaban el último asalto á los muros de Constantinopla. De pronto se asoma á la puerta de la cocina otro fraile y le dice tiritando de miedo:—La ciudad ha sido tomada.—Qué disparate, contestó el que freía, lo creeré cuando vea que saltan los peces fuera de la sartén.—Y los peces, con efecto, saltaron fuera vivos y coleando, medio tostados, porque no los había vuelto todavía en la sartén. Y como todos mis piadosos lectores pueden comprender, volvieron á colocarse religiosamente en el agua, de la cual se les sacara para freirlos, y en la que todavía hoy siguen nadando despues de más de cuatro siglos.

Acabada su charla, el fraile me espurreó la cara con algunas gotas de aquel agua bendita; tan milagrosa, que las pocas gotas que le quedaron en las manos, se le convirtieron en monedas de cobre por arte de mi credulidad. Y despues de haberme acompañado hasta la puerta, se quedó mirándome con sus ojos pequeños y soñolientos, hasta que me vió desaparecer.

*
*
*

Y siempre, por una parte muros junto á los muros, torres despues de las torres, y por otra el cementerio umbroso, algun campo verde, algun viñedo, alguna casa cercada; despues, el desierto.

Alguna vez, mirando el muro desde un sitio bajo, me parecía distinguir su último límite; pero subiendo un poco, le veía de nuevo extenderse sin fin ante mi vista, y á cada paso aparecían por fuera las torres lejanas, muy lejanas, unas junto á otras ó reunidas de dos en dos, como si se agolpasen sobre el camino, para ver quién turbaba el silencio de aquella soledad.

La vejetacion en aquel punto era maravillosa. Arboles frondosos se desbordaban sobre los torreones como sobre vasos gigantescos; suspendíanse encajes tejidos con flores, y guirnaldas formadas por la yedra y las madreselvas; aparecían de vez en cuando montones inextricables de madroños, de lentiscos y ortigas, en medio de los cuales surgen plátanos y sauces frondosos que cubren con su sombra los fosos y los parapetos.

Muchos lienzos del muro están cubiertos por

la yedra, que trepa por las descarnadas piedras y las grietas que forma el tiempo. El foso está cultivado como una pequeña huerta; sobre los parapetos, pastan las cabras y las ovejas, cuidadas por un muchacho griego, recojido á la sombra de los árboles; desde el muro se les contempla como á vista de pájaro. El aire está lleno de la penetrante fragancia de las yerbas selváticas y se respira no sé qué alegría primaveral sobre las ruinas que parecen engalanadas y cubiertas de flores para el paso triunfal de una Sultana. De repente, mis sentidos perciben un soplo de brisas salinas, y levantando los ojos, ví lejos, frente á mí, la extension azulada del mar de Mármara. En el mismo instante me pareció que una voz solemne murmuraba á mi oído:—«El Castillo de las Siete Torres» —y me detuve un instante en medio del camino con un vago sentimiento de inquietud.

Poco despues, volviendo á seguir mi marcha, pasé ante la antigua puerta Deleutera, salvé la puerta Melandesia y encontréme frente al castillo.

*
*
*

Este edificio de mal agüero, levantado por Mahomet II, sobre el antiguo Cyclobion de los griegos, para defender la ciudad en el sitio en que la muralla que la defiende por la parte de tierra se une con la que la protege por la parte del Mármara, se convirtió despues en prision de estado, tan luego como las ulteriores conquistas de los Sultanes, poniendo en seguro á Stambul del peligro de un asedio, venían á hacerla completamente inútil como fortaleza. Ahora no es sino un esqueleto de castillo custodiado por pocos soldados; una ruina maldita llena de dolorosos recuerdos que corren como siniestra leyenda en boca de todo el pueblo de Constantinopla y no vista de los viajeros sino desde la proa del barco que les conduce al Cuerno de Oro. Los turcos le llaman *Jedi-Kulé*, y es para ellos lo que la Bastilla para Francia y la Torre de Lóndres para Inglaterra: un monumento que recuerda el tiempo nefando de la tiranía de los Sultanes.

Los muros de la ciudad lo esconden á los ojos de los que llegan por el camino, excepto dos de las siete grandes torres que le dieron el nombre, y de las cuales solo cuatro quedan enteras. La muralla exterior conserva dos columnas corintias que pertenecían á la antigua Puerta Dorada por la cual hicieron su entrada triunfal Narses y Heraclio, y que conserva una leyenda comun á los musulmanes y á los griegos referente á la en-

trada triunfal de los cristianos el día en que volvieron victoriosos á la ciudad de Constantino. La puerta de entrada está en el circuito de los muros, en una pequeña torre cuadrada, frente á la cual vijila un centinela en babuchas, que consiente casi siempre en el ingreso simultáneo de una moneda en su bolsillo y un viajero en la fortaleza.

*
* *

Entré y me encontré solo en un gran recinto, de aspecto lúgubre de cementerio y de cárcel que me hizo detener el paso. Alrededor se alzaban muros negros y enormes, que forman un pentágono coronado por torreones cuadrados y rotondas altísimas, algunas derruidas, otras enteras y cubiertas por techumbres cónicas, revestidas de plomo, é innumerables escaleras arruinadas que conducían á las barbancas. Dentro del recinto existe una vegetacion alta y feraz dominada por grupos de plátanos y cipreses sobre los que asoma el minarete de pequeña y oculta mezquita; en la parte más baja distinguíase una mancha de tiendas de campaña en la que reposaban los soldados;

en el centro, la tumba de un Visir que fué extrangulado en el castillo; aquí y allá restos deformes de antiguos reductos; y sobre el césped, á lo largo del muro, fragmentos de bajo-relieves, fustes de columna y capiteles hundidos en la tierra, medio cubiertos por la yerbas y el agua pantanosa: un desórden original y triste, lleno de misterio y de melancolía que despierta repugnancia y respeto al mismo tiempo.

Estuve un poco incierto mirando en tórno y caminando con circunspeccion, como por temor de poner el pié en un charco de sangre. Las tiendas de campaña estaban cerradas, las mezquitas cerradas tambien; todo solitario y quieto como ruina abandonada. En algunos puntos del muro existían todavía huellas de cruces griegas, fragmentos de monogramas constantinianos, alas truncadas de águilas romanas y restos de frescos del antiguo edificio bizantino, ennegrecidos por el tiempo.

Sobre algunas piedras se veían trozos de inscripciones griegas en caracteres diminutos, casi todas ellas hechas por los soldados de Constantino que custodiaban la fortaleza bajo el mando del florentino Juliano, el día de la caída de Constantinopla: pobre gente resignada á morir, que invocaba á su Dios para que salvase la ciudad del saqueo y á sus familias de la esclavitud. De las dos torres colocadas junto á la Puerta Dorada,

una es la que servía de cárcel á los embajadores de los Estados que se hallaban en guerra con el Sultan, y en cuyas paredes se leían aún multitud de inscripciones latinas, de las cuales, la más reciente pertenecía al Embajador veneciano encarcelado durante el reinado de Ahmed III, cuando surgió la guerra de la Morea. La otra, es la famosa torre en la que se alberga la tradicion más lúgubre del castillo: la torre que encerraba un laberinto de secretos horribles, sepulcros de vivos, en los cuales, los visires y los grandes de la córte esperaban, luchando en las tinieblas, la aparicion del verdugo, ó enloquecidos por la desesperacion, dejaban sobre las paredes las huellas sanguinolentas de las uñas y el cráneo.

Uno de aquellos sepulcros, era el osario en que se depositaban los huesos y las carnes de los ulemas. En el piso bajo se distingue el salon redondo llamado prision de sangre, donde se decapitaba secretamente á los condenados y se arrojaban sus cabezas en un pozo, llamado tambien de sangre, del cual se ve todavía la boca, en medio del pavimento desigual, cubierta con dos enormes cajas de piedra. Bajo de esta pieza existía la horrible caverna alumbrada por un farol colgado del techo, donde se arrancaba la piel á los condenados á la tortura, se derramaba la pez inflamada sobre las llagas abiertas por el látigo, y se trituraba con mazas sus piés y sus manos, sin que los

gritos horribles de los agonizantes llegasen más que como apagado lamento á los oídos de los prisioneros de la torre.

En un ángulo del recinto veíase todavía la huella de un poyo, en el que se cortaba la cabeza á los condenados comunes, y junto á éste había, aún no hace mucho tiempo, un muro de huesos humanos, que se levantaba casi hasta la plataforma del castillo.

Cerca de la entrada estaba la cárcel de Osman II, la primera víctima imperial de los genizaros y la habitación en la que el pobre Sultán de diez y ocho años, á quien la desesperación redoblaba la fuerza, resistía furiosamente á sus cuatro verdugos, hasta que una mano despiadada y cobarde, ejercitada en hacer eunucos, aferrándole bruscamente por las ingles... le arrancó un penetrante grito sofocado por la bárbara operación del nudo corredizo.

Las demás torres y parte de la muralla, eran un laberinto de corredores tenebrosos, de escaleras secretas, de puertas de hierro, bajo las cuales inclinaron la cabeza por última vez bajás, príncipes imperiales, gobernadores, chambelanes, altos funcionarios en la flor de la juventud y en el colmo de la potencia; sus cabezas habían ya regado con sangre el muro externo de la fortaleza, y sus esposas les aguardaban todavía vestidas de fiesta en los esplendores del harem.

Pasaban por aquellos corredores húmedos que destilaban agua y por aquellas escaleras sepulcrales, de noche, á la luz de las linternas, soldados y verdugos de mano ensangrentada, mensajeros del Serrallo que venían á traer á los condenados á muerte, todavía halagados con un resto de esperanza, la última negativa del Sultán, y cadáveres con los ojos fuera de las órbitas, y con el horrendo cordón de seda á la garganta, que llevaban señales de la lucha sostenida en las tinieblas con rabia y desesperación.

En el extremo opuesto de Stambul, sobre la colina del Serrallo, estaba el espantoso tribunal de la corte.

Era éste una máquina enorme de suplicio, coronada por siete patíbulos de piedra, que recibía del mar y de la tierra, á la luz de la luna, las víctimas vivas y no restituía al suelo sino troncos y cadáveres, y del alto de la torre, el centinela nocturno veía á lo lejos el kiosco del Serrallo iluminado para la fiesta imperial.

Experimentábase ahora un sentimiento de placer al ver el castillo infame casi deforme, como si todas las víctimas resucitando, le hubieran roído y arañado para vengarse en las paredes no pudiendo vengarse de los hombres.

El gran mónstruo, desarmado y decrepito, es-cepe por las cien bocas de sus aspilleras y de sus derruidas brechas, hoy espantosas cavernas, mi-

llones de topos, de escorpiones y de insectos, que pululan como gusanos en el interior de su podrido cuerpo, royéndole el vientre vacío y recorriendo sus riñones despedazados en medio de una vegetación insolente que lo corona de guirnaldas y lo empenacha por ludibrio y por sarcasmo.

Después de haberme asomado á varias puertas sin ver sino fugas precipitadas de luces y rayos, subí por una escalera cubierta de yerba al muro del costado occidental. Desde allí se dominaba todo el castillo. Vasto desorden de ruinas, de torres, de almenas, de escaleras, de plataformas, todo confuso y revuelto alrededor de un gran monton de verde vivo; y por otro lado, torres y almenas infinitas del muro occidental de Stambul. Bastaba entornar un poco los ojos para ver una vasta fortaleza abandonada destacándose del fondo azul del mar de Mármara.

A la izquierda se ve parte de Stambul, cortada por gran número de tortuosas sendas que huyen de la dirección de la antigua vía triunfal de los Emperadores bizantinos, que desde la Puerta Dorada, pasando por el foso de Arcadio y por el foso de Constantino, llegaba hasta el Real Alcázar. Era una perspectiva inmensa y risueña, que hacía aparecer más siniestro el monton de ruinas que tenía á mis piés. Largo rato permanecí apoyado en una barbacana, contemplando aquel vasto sepulcro, con esa temerosa curiosidad con que

se mira el lugar en que se ha cometido recientemente un crimen.

Reinaba profundísimo silencio. Por las sinuosidades de la muralla corrían las luciérnagas y en el fondo del foso cantaban las ranas; sobre los torreones volaban los cuervos, y en torno de mi cabeza rondaba una nube de insectos que venía de los pantanos y de las ruinas; el aire, un poco agitado, me traía los miasmas de un caballo putrefacto arrojado al foso externo de la fortaleza. Mis sentidos cayeron en una especie de anonadamiento; tenía los ojos entornados, casi soñando, y me parecía oír, en el zumbido monótono de los insectos, el choque de las cabezas arrojadas al pozo, los gritos y lamentos de los moribundos del subterráneo y la voz del hijo de Brancovan, que sintiendo en el cuello el frío del nudo corre-dizo, gritaba:—¡Padre mio! ¡Padre mio!

Cerré por completo los ojos y caí en una pesada somnolencia. De repente, todas aquellas horribles imágenes se agolparon á mi mente con espantosa claridad. En aquel momento, un grito sonoro y agudo sacóme de mi abstracción y ví en lo más alto del pequeño alminar al *muezzin* de la mezquita del castillo. Aquella voz lenta, dulce, solemne, que hablaba de Dios en aquel lugar, en aquel momento, encontraba eco en lo más profundo de mi alma. Parecióme que hablaba en nombre de todos los que habían muerto allí dentro,

que decía que sus dolores no habían sido inútiles, que sus últimas lágrimas habían sido recojidas, que sus torturas habían tenido una compensación, que habían sido perdonados, que se debía rogar y confiar en Dios, aunque les abandonara el mundo y que todo es vano sobre la tierra, excepto ese sentimiento infinito de amor y de piedad... Salí conmovido del castillo.

*
*
*

Volví á tomar mi camino hácia el mar, á lo largo de las murallas exteriores de Stambul.

Junto á aquel sitio se levanta la estación de Adrianópolis y se cruzan al pié del muro infinitos trozos de vía férrea. Me encontraba al lado de una larga fila de wanes sucios y polvorientos. A nadie se veía.

Si hubiera sido un turco fanático, enemigo de la novedad europea, hubiera podido pegar fuego, una tras otra, á varias barracas y retirarme tranquilamente sin ser molestado por nadie.

Caminé algunos pasos por el borde del camino, temiendo escuchar de un momento á otro el *¿quién vive?* de algun centinela; pero ninguna voz escu-

ché. En poco tiempo llegué al extremo del muro. Creía poder entrar en Stambul por aquella parte, pero me engañé. La muralla de tierra se unía en la playa con la del mar, sin presentar ninguna solución de continuidad. Avanzaba entonces sobre las ruinas de un antiguo molino y sentéme sobre un pedrusco rodeado de agua.

Desde allí no distinguía otra cosa que el mar de Mármara, los montes asiáticos y la altura azulada de Scutari que parecía lejanísima. La playa estaba desierta: creí estar solo en el Universo. Las olas venían á romperse á mis piés y me salpicaban el rostro. Allí permanecí largo rato pensando vagamente en multitud de cosas.

Veíame solo, salir por la puerta Caligaria y caminar lentamente por el solitario camino entre los cementerios y las torres, y seguía mis pasos yo mismo como si fuera un hombre distinto. Deteníame observando las olas, que venían una tras otra á extenderse sobre la playa, y una tras otra morían en silencio: veía en esto la imagen del pueblo y de los ejércitos que vinieron unos tras otros á estrellarse contra las murallas de Bizancio; las falanges de Pausania y Alcibiades, las legiones de Máximo y de Severo, las huestes de los persas, las hordas de los avarios, árabes, eslavos, búlgaros y croatas, los ejércitos de Miguel Paleólogo y de Comneno, los de Bayaceto Ilderim, del segundo Amurates y de Mahomet el Conquista-

dor, extinguidos unos tras otros en el silencio infinito de la muerte.

Experimentaba la tristeza que desgarraba el corazón de Leopardi «la tarde del día de fiesta», cuando sentía perderse poco á poco el canto solitario del artesano, que recuerda los cánticos de los pueblos antiguos, y pensaba que todo pasa como un sueño sobre la tierra.

*
* *

Volví hácia atrás hasta la puerta de las Siete Torres y entré en las murallas para recorrer toda Stambul á lo largo de la ribera del mar de Mármara.

Estaba rendido; mas al fin de un largo paseo, nace del mismo cansancio una nueva fuerza que nos reanima. Todavía me veía caminar y caminar por aquellas calles desiertas, bajo un sol ardiente, dominado por no sé qué somnolencia fantástica, en la cual pasaban ante mis ojos caras de amigos de Turin, episodios de novela, vistas de otros países y pensamientos vagos sobre la vida humana y sobre la inmortalidad del alma. Me contemplaba ya en la mesa redonda del hotel de Bizancio, res-

plandeciente de luces y cristales, que sin embargo veía lejanísima, más allá de una ciudad cien veces más grande que Stambul y ya cubierta por el velo de la noche.

Atravesé un barrio musulman, que por lo deshabitado me recordó el castillo de las Siete Torres, y entré en el vasto distrito de Psammata, habitado por griegos y armenios, y también desierto.

Caminaba por interminables callejuelas tortuosas, contemplando á la derecha, entre casa y casa, la muralla de la ciudad, por entre cuyas almenas se distinguía el azul vivo del mar. Pasé bajo la puerta Psammata y me encontré de nuevo en un barrio musulman: ajimeces con celosía, puertas cerradas, pequeñas mezquitas, verdes jardines, cisternas herbosas y fuentes solitarias. Atravesé el espacio que formó el antiguo Foro Boario, viendo siempre á la derecha muros y torres sin encontrar más que algun perro que se levantaba para verme pasar y algun pilluelo turco sentado en tierra, que me miraba fijamente pensando cualquier impertinencia. Alguna ventana se abría y cerraba presurosamente, dejando ver apenas la mano y el brazo de una mujer.

Rodeé el vasto jardín de Vlanga, que corona el antiguo puerto de Teodosio; distinguí vastos espacios con trazas de reciente incendio, el lugar

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
CAPILLA ALFONCINA

en que la ciudad parece que se confunde con la campiña, conventos de dervises, capillas griegas, misteriosas plazoletas á la sombra de grandes plátanos, bajo cuyas ramas sueña despierto tal cual viejo musulman con la boquilla del narguilé entre los dedos; sigo adelante, me detengo ante la puerta de pequeño Café para beber un vaso de agua, colocado en la ventana, como sirviendo de muestra emblemática á la tienda; llamo y nadie me responde.

Saliendo del barrio griego de Jeni-Kapú, entré en otro distrito musulman, vuelvo á caminar entre casuchas griegas y armenias del cuartel de Puerta Kum, acompañándome siempre de un lado las almenas de las murallas y el azul del mar, y no encontrando más que perros, mendigos, pilluelos..... En lo alto oí sonar la voz del *muezzin* que anunciaba el crepúsculo.

El ambiente se hacía oscuro y continuaban sucediéndose pequeñas casas, mezquitas, encrucijadas desiertas. El cansancio me rendía. Pensaba entrar en cualquier Café vecino y echarme sobre un divan, cuando al doblar una esquina surgió de improviso ante mi vista la mole enorme de Santa Sofía.

¡Oh vista querida! Las fuerzas me volvieron, mi pensamiento se serenó, aceleré el paso, llegué al puerto, pasé el puente; y hé aquí que ante la puerta iluminada del primer café de Ga-

lata, Yunk, Rosasco, Santoro, toda mi pequeña Italia vino á mi encuentro sonriente y con los brazos extendidos... y entonces lancé al aire uno de los más largos y fuertes suspiros que hayan salido jamás de los pulmones de un caballero particular.